

Gean Moreno - Ernesto Oroza

Objetos moiré

Subiendo por las calles empinadas que se alejan del casco histórico de Santo Domingo, uno se percata de que los pisos enlosados de las casas empiezan a desbordarse y corren sobre las aceras hasta la calle. Las astucias de los habitantes se desbordan también en el proceso. Es una forma furtiva de reclamar un poco más de espacio para la familia, de halar espacio de la esfera abstracta de lo público y lo social hacia la esfera concreta y no ambigua del hogar. Es un esfuerzo de privatizar un espacio que supuestamente le pertenece a todos. En el frente de una de estas casas, no son losas precisamente lo que se utiliza para hacer este reclamo. Son una serie de aros estampados con una cubeta en el cemento cuando aun estaba húmedo. Es un patrón casero que une la acera a la casa con una economía más lúcida y austera aun que las losas. Una cubeta común fue usada como una herramienta de decoración y demarcación. El gesto le da cuerpo a un potencial que estaba latente, aunque absolutamente impensable durante el diseño y la producción de la cubeta. ¿Quién podía imaginar que las energías inscritas en este objeto podían ser liberadas para hacer esto? ¿Lo que hallamos aquí es el principio de una puesta en escena prolífica en nuevos usos y potencialidades? Una cubeta utilizada de esta manera—con su misión de servir exclusivamente como contenedor, como facilitador de almacenamiento y distribución, momentáneamente suspendida—es parte de una transacción que saca al objeto fuera del curso funcional que le fue asignado, desde el momento que fue concebida en la pantalla de una computadora hasta que llegó a su punto de venta. Tensiones y oportunidades contextuales concretas pueden desviar, hacia formas y tareas inesperadas, a aquellas energías consolidadas durante la producción del artefacto. El objeto se “descarrila”: hace cosas para las cuales no fue concebido. Su cauce utilitario crece, se dilata, sufre irrevocables e irreversibles ensanchamientos. Por muy arraigadas que estén las funciones específicas en el pensamiento de todos los que trabajan para darle



forma y construir estos objetos, sus usos ideales solo logran definir parcialmente el objeto. Es decir: las funciones dominantes del objeto que organizan su proceso de diseño y producción nunca logran disminuir completamente el rango de potencialidades asignadas sin intención y únicamente obvias, visibles y disponibles en el momento preciso. Los usos “por venir” se manifestarán solo en situaciones concretas y en ese preciso instante el individuo hará nuevas exigencias al artefacto.

Si los usos de un objeto pueden diagramarse como un campo reticular, como una trama cruzada de líneas perpendiculares y paralelas, en esta misma lógica los usos imprevistos (pata de una mesa, asiento provisional, macetas o herramienta de decoración, etc.) pudieran representarse como ejes desalineados,



“escorzados”. Un diagrama de este campo de funciones “legítimas” y de funciones “escorzadas” se visualizaría entonces como un patrón moiré. Se está lidiando aquí con el campo funcional del artefacto re-moldeado como un espacio plástico, una ecuación abierta o plano maleable, destinado a interactuar con puntos de tensión y estrés que no se consideraron, que tal vez no eran imaginables, durante el diseño y la producción. No es que una indeterminación funcional emerge, sino que nuevos usos aparecen cuando una

fuerza situacional abre u obliga la posibilidad de que el artefacto se “gire” funcionalmente hacia una forma que nunca fue concebida, atrapando instantáneamente usos inesperados y dejando ver nueva información codificada en el objeto. En

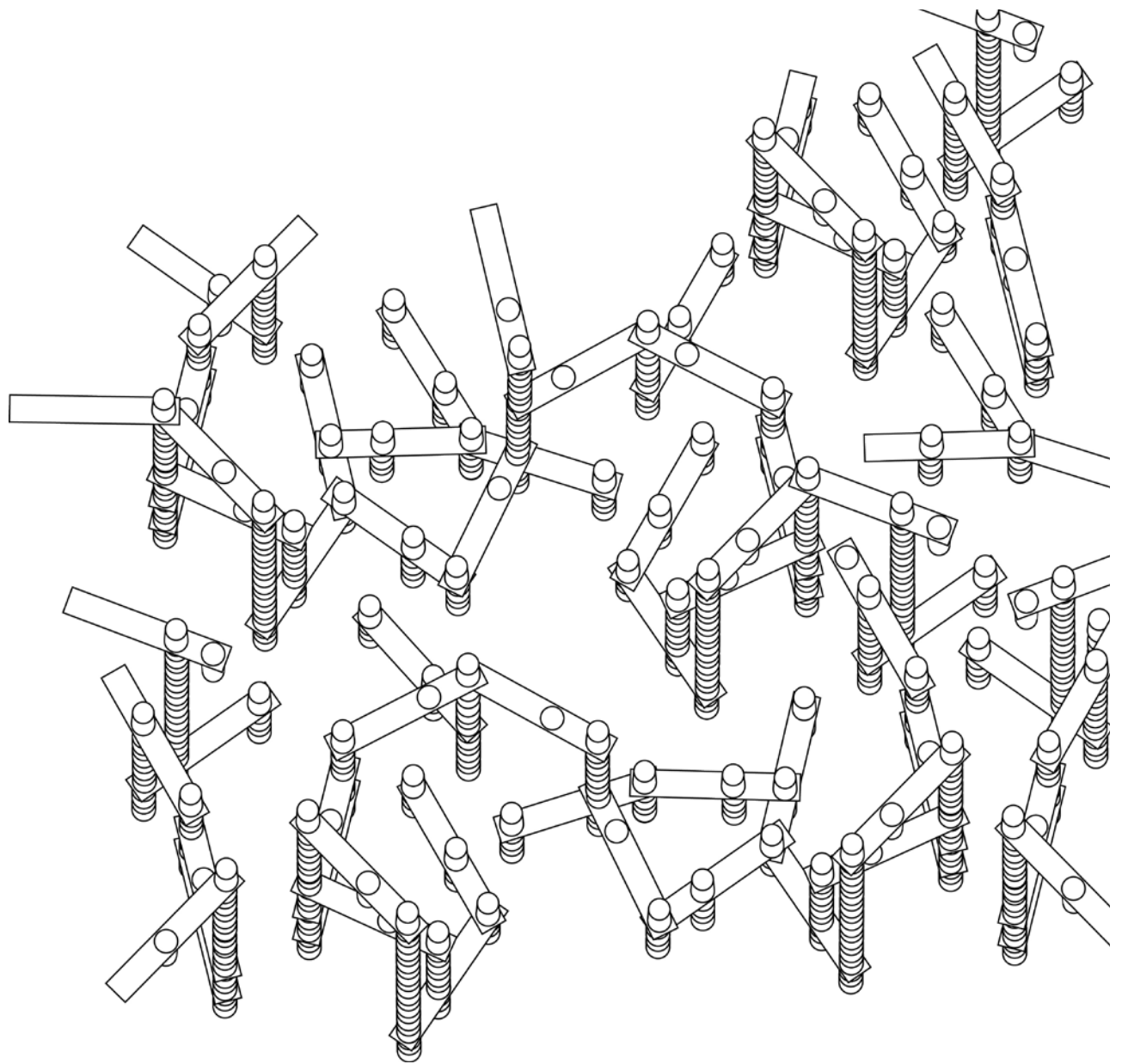


el rango funcional del artefacto, imaginado al momento de su diseño, pasa desapercibido o reprimido algo así como su sistema nervioso, su habilidad de responder a nuevos estímulos. Las condiciones situacionales en las cuales el artefacto es imaginado son invariables y limitadas en el esquema idealizado del diseñador. Es como si todas las otras posibilidades y contextos disponibles para el objeto se desplazaran hacia los borrosos márgenes alrededor del diagrama que traza sus funciones. Esta circunscripción a lo mejor es

necesaria para mantener el diseño enfocado, sacrificando la elasticidad a la optimización. Pero estas condiciones homogéneas y controladas, en la vida del objeto, empiezan a designar más un espacio ficticio que las circunstancias actuales en las cuales el objeto se encuentra. Los objetos frecuentemente se van a la deriva, hacia espacios donde nunca nadie imaginó podrían ser encontrados; se vuelven herramientas que satisfacen necesidades para las cuales no han sido proyectados; se asientan en contextos geográficos y socioeconómicos que nunca nadie consideró para ellos. Están condenados, después de todo, a moverse y funcionar en el mundo cotidiano de circunstancias cambiantes. Los usos ideales son como los ideales en general: precisos, innegables y hasta seductivos, pero fácilmente puestos en cuestión por necesidades inmediatas y por las respuestas imprevistas que éstas demandan.

Fluyendo por los cambiantes entornos que les acogen, los objetos liberan una serie de energías atrapadas, actualizan potencialidades latentes, y amplían el rango funcional que les ha sido asignado. Las circunstancias que muchas veces invitan a abrir estos rangos funcionales están atadas a momentos de compresión o carencia en el flujo de recursos. Las zonas de necesidad, donde la mera supervivencia exige una constante revisión de comportamientos habituales y normativos, son un terreno fértil para la introducción de nuevos usos para los objetos. No se trata entonces de una improvisación lírica con el objeto, o del bricolaje típico de los artistas lo que es aquí interesante, sino las recurrentes y necesarias respuestas a presiones situacionales y necesidades reales que obligan al artefacto a funcionar de maneras distintas a las que están establecidas y son "inherentes" a él.

La cuestión aquí es la potencialidad "performativa" del objeto. El usuario llega a una solución sólo cuando la situación lo obliga. Y esta solución siempre está ligada a una línea de acciones previas que ocurren en el entorno del usuario y en el sistema de valores locales que respaldan sus decisiones. Para que el dueño de la casa en Santo Domingo llegara a estampar el cemento húmedo frente a su casa toda una serie de circunstancias tenían que alinearse. No es el gesto de estampar el cemento que es interesante por sí solo, sino más bien cómo encarna una respuesta a demandas y a valores de un contexto específico, y como esta respuesta "hincha" al objeto. O mejor dicho: la intersección de las demandas contextuales y el acto basado en la información y energía atrapada en la cubeta permite una respuesta por parte del usuario; una respuesta que a su vez amplía el rango de función del objeto



usado. Es la cubeta, como información y energía almacenada, interactuando con un campo activo (la ciudad, el barrio, un sistema de valores locales, una constelación de necesidades reales), que nos interesa como un objeto *moiré* -real o siempre en potencia. Y cómo nada se queda inerte, sobra decir que el patrón *moiré* que se forma en el campo de funciones del objeto también puede permutarse. Nuevos "ejes de uso" pueden sumársele. (O por el contrario, nuevas tecnologías, cambios económicos o nuevos productos en el mercado pueden hacer caducar ciertos usos y necesidades.) Las cambiantes circunstancias y las nuevas tensiones situacionales hacen derivar al objeto hasta que el rango de sus usos crece, y este crecimiento lo abre a nuevos procesos de diseño. La cubeta como una herramienta de decoración, en este momento anclada al plano horizontal del piso, podría empezar a desplazarse algún día verticalmente, subir las paredes, cruzar las fachadas del vecino, brincar la calle hasta que finalmente su huella se ha extendido tanto que pone en riesgo los límites del barrio. Sin percatarnos pasará de ser una herramienta decorativa a un módulo de construcción. Y las que hoy son asientos improvisados en un sinnúmero de pequeños negocios serán mañana parte de una gradería completa. Y el próximo verano, explotando con astucia su apilabilidad las encontraremos formando las columnas de las casetas que albergan los equipos de baseball en el terreno. O la parada de ómnibus que te lleva al estadio. O los pabellones de la plaza pública donde celebras la victoria de tu equipo.

TABLOIDE No.15

Este tabloide fue producido por Gean Moreno y Ernesto Oroza como contribución a una sección organizada por Odalis Valdivieso de la Bienal Internacional de Arte Contemporáneo ULA-2010, Mérida, Venezuela. 19 de noviembre - 18 de diciembre de 2010

